

Gabriel Marcel y el hombre contemporáneo

José Luis CAÑAS

Universidad Complutense de Madrid

Las investigaciones más recientes sobre la filosofía existencial-trascendente de Gabriel Marcel están revelando su enorme actualidad, especialmente por las claves que su pensamiento nos pueden aportar a la hora de analizar la frágil situación del hombre contemporáneo. Si Marcel hubiese vivido en este comienzo del nuevo siglo sin duda habría señalado la paradójica situación de vivir en un mundo que se cree cada vez más seguro y fuerte cuando en realidad es cada vez más débil, y a buen seguro habría advertido que la causa última de tal debilidad deviene sobre todo de haber sido construido de espaldas a la trascendencia.

Con estas claves asistimos a la lectura de una obra que acaba de publicarse sobre *el pensamiento antropológico de Gabriel Marcel*¹ que según su autora se resume en un esperanzado “canto al ser humano”, y que, en la hora presente, podemos calificar cuando menos de muy oportuna. El hilo conductor de esta obra pretende mostrar la unidad profunda que late a lo largo de la dispersa y asistemática reflexión filosófica de Gabriel Marcel. Bajo la mirada atenta de las cuestiones antropológicas, nexo de unión de toda la creación marceliana a juicio de su autora, destacaría sobre todo una filosofía sobre el hombre contemporáneo que muchos años después se ha convertido en *profética* para el mundo actual.

Tiene razón Julia Urabayen cuando repara en que los críticos marcelianos frecuentemente hemos atomizado los grandes temas humanos que estudió Gabriel Marcel, sin vertebrarlos en una unidad universal de conjunto y de mayor alcance. Pero quizá ello sea debido en gran medida al propio carácter de investigación académica, es decir de análisis de un aspecto o punto de

¹ URABAYEN, J. (2001) *El pensamiento antropológico de Gabriel Marcel: un canto al ser humano*, Pamplona EUNSA, 381pp.

vista particular, que revisten la mayoría de los estudios marcelianos.

Por otra parte, la nueva orientación de las obras marcelianas que se produjo desde el entorno de la Segunda Guerra Mundial, está motivada sin duda bajo la conmoción de esta tragedia pero en mi opinión no es tanto por este acontecimiento histórico, sino por el acontecimiento biográfico personal de la muerte de Jacqueline Boegner, su esposa “bien amada siempre presente”, a quien dedica con estas palabras *El misterio del ser*, a partir del año 1950. Y ello no nos permite ni siquiera pensar una “aparente falta de unidad” de su obra, antes bien todo lo contrario: es preciso observar una “evolución creadora” precisamente –y así es declarado y reiterado por el propio Marcel hasta el final, por ejemplo 25 años después cuando escribe *En chemin, vers quel éveil?*– por la fuerza, la inspiración y “la presencia” de su mujer. Y este *continuum* de la vida de Marcel reafirma aún más la acertada tesis de la autora que insiste en el *continuum* unitario que destila su obra merced al hilo conductor de “la cuestión antropológica que se mantiene desde el principio hasta el final de su reflexión”.

Precisamente al convertir la cuestión de su preocupación por el hombre en el núcleo vertebrador del pensamiento de Marcel, ponemos de manifiesto que esa preocupación es algo que podemos ver ejemplificado en el hecho biográfico constante de que nunca dejó de preguntarse en qué se convierten los muertos: desde su niñez, cuando a los cuatro años perdió a su madre, y a lo largo de su vida cuando siempre contestó a esa pregunta que “el hombre no es un ser para la muerte sino para la eternidad”; y en esta cuestión sobre todo hallamos esa unidad antropológica muy oportunamente realizada en la actualidad por la crítica especializada marceliana.

La filosofía marceliana antes que nada fue una filosofía de vida práctica, una reflexión socrática sobre los problemas humanos universales *en-carnada* en la vida de las personas concretas. *Les Marcelliens convaincus*, como diría Denis Huisman, si algo tenemos claro de su filosofía es la luz que las claves de su pensamiento refleja en nuestro modo de ser-en-el-mundo, y la capacidad crítica que sus ideas nos aportan a la hora de ganar la debida “distancia de perspectiva” a los problemas de la vida diaria de las personas. Aquí radica a mi modo de ver la permanente actualidad que conllevan la riqueza conceptual y argumental marcelianas sobre el hombre.

Lo ha sabido enfocar muy bien Julia Urabayen en su investigación, que junto al rigor del “estado de la cuestión” ha construido una obra ágil de leer y de fácil comprensión incluso para los no especialistas, salvando con mucho aire la complejidad inicial de los tecnicismos marcelianos, lo cual siempre es un mérito relevante por sí mismo, no un mero añadido. Además, la autora

avanza una interpretación metodológica que puede ser relevante, a saber que la antropología marceliana presenta la forma de “una investigación o camino basado principalmente en dos métodos [complementarios, o sea unitarios], que para él [Marcel] no eran ni opuestos ni separables: los acercamientos concretos al ser, que es el método que permite tematizar las condiciones metafísicas de la existencia personal, y el análisis fenomenológico, que permite tematizar las condiciones metafísicas y especialmente las fenomenológicas”.

En cualquier caso ciertamente sería impensable que la hermenéutica antropológica de Marcel hoy se pudiese hacer en términos de “sistema” abstracto; bastaría sólo con pensar que sus reflexiones comparten la placenta común del pensamiento existencial sobre “el único” gestada por Kierkegaard. Por ello es preciso insistir en la relevancia que tiene para la filosofía contemporánea la reflexión marceliana acerca de las condiciones de la persona y su deshumanización y, por ello, el “análisis fenomenológico de la situación del hombre contemporáneo” es el que da, en último término, esa unidad a la filosofía de Marcel.

Una filosofía, por lo demás, que a decir de Julián Marías estaría a la altura de lo más creador y fecundo del siglo XX, es decir al nivel que representan las filosofías desarrolladas por Brentano, Dilthey, Bergson, Husserl y Heidegger, y ello especialmente por “su actitud de veracidad y fidelidad a lo real”, que nos llevan a ver en él sobre todo la encarnación del *vigía* que quería para el filósofo contemporáneo.

Efectivamente las reflexiones y diagnósticos del filósofo-vigía sobre el hombre contemporáneo se constituyen en freno a la deshumanización en que se halla inmerso. El filósofo-vigía es un educador del género humano cuya misión principal es despertar (éveiller) las conciencias. Su gran tarea es despertar a otros de todos los sueños monstruosos que produce el irracionalismo, el instintivismo, el mecanicismo y tantos *-ismos* enérgicamente denunciados y combatidos por el propio Marcel. De ahí el gran papel hermenéutico que desempeña la didáctica de la filosofía marceliana, la forma más humana de enseñar filosofía de Marcel, como escribió de él emotivamente Etienne Gilson.

Una última consideración de tipo bibliográfico. La crítica marceliana mundial en estos momentos es de tal magnitud que excedería cualquier pretensión omniabarcante, y no está demás aquí recordar que ya en el año 1977 los esposos François y Claire Lapointe recogieron en un repertorio bibliográfico internacional, titulado *Gabriel Marcel and his Critics: An International Bibliography (1928-1976)*, más de 3000 entradas. Es muy posible que en el

momento presente, a juzgar por la enorme actividad intelectual en torno al pensamiento marceliano que se lleva a cabo en el mundo, se pudiera reconstruir ya este repertorio con el doble de títulos y de entradas de las de entonces. En todo caso, los Boletines anuales que edita la *Asociation Présence de Gabriel Marcel*, con sede en París, son de obligada consulta.